

---

## QUIEN TAL HIZO

### QUE TAL PAGUE

**S**E habló del suicidio; y como cada quisque tiene listo siempre un cliché que aplicar al asunto, conforme á lo que le han enseñado sus lecturas, sus preocupaciones ó su práctica mundana, se oyó lo de “estupidez,” “desequilibrio mental,” “cobardía,” “desesperación,” “si lo medita un rato, mata á la otra y él se queda tan fresco,” “cosa *shoking* y desusada.”

Sólo el General, que fumaba un veguero y parecía embelesado viendo ascender las espirales de humo, callaba como si la con-

versación no le llamara la atención ni le provocara la curiosidad.

—Y usted ¿qué nos dice, mi General? Ha de haber visto más de cuatro lances en su vida, y puede instruir á esta juventud, ansiosa de oír de sus labios un curso de la más difícil de las ciencias: la mundología.

—Pues digo, contestó pausadamente el veterano, que me han partido ustedes por el eje, porque las generales de necio, loco, cobarde y cursi, me tocan y no las rechazo. Yo también quise suicidarme, y si no lo conseguí, fué contra mi voluntad; soy, pues, un suicida moral ó legal, si así les place llamarme.

—Cuéntenoslo usted, dijeron á una las niñas, mientras los varones formaban corro cerca del militar.

—Pues, señor, dijo el vejete colocando cómodamente su pierna gotosa; éranse que se eran los tremendos días en que el maldito Uraga traicionó á la República para aceptar el mendrugo de pan que le arrojaron los franceses, queriendo de paso comprometernos á todos en su inmundia felonía. Yo, capitán á la sazón, contaba veinte

años, y hacía apenas dos que dejando las bromas de los compañeros, el regalo de mi casa y la docta enseñanza de mi maestro Castañeda, que estaba sacándome un nuevo y sutil Escoto, conocedor profundísimo de si la paloma del Espíritu Santo era animal de verdad, si Adán tuvo ombligo, si Cristo resucitó con cicatrices y otras muchas cosas así de útiles, que me habrían convertido, andando los años, en un señor Licenciado y quizás en un sapientísimo sacerdote; ahorqué los libros y me metí soldado. Decir lo que mis padres y mis hermanas trabajaron por disuadirme de continuar en aquella vida, los *empeños* que me echaron y la resolución con que los desairé, serían cosas que para relatarse necesitarían volúmenes enteros: era natural; yo estaba seguro de que no bien pasaran unos cuantos años, estaría convertido en un Napoleón Bonaparte ó quizás en algo mejorcito, y no era cosa de dejar aquella breva sólo por lloriqueos de mujeres ó por consejos de amigos que no sabían de la misa la media. Pero sucedió que en vez del nombramiento de primer cónsul ó de jefe de la expedición

á Egipto, recibí tantas desveladas á campo raso, tantas mojaduras y tantas fatigas en el andar constante por montes y vericuetos, que tentado me ví de abandonar la carrera y volverme á mi casita cómoda, tranquila y decente, donde me aguardaban el chocolate de á cuatro, los bollitos hechura de monjas y los mimos de mi señora madre y mis tías. Mas la endiablada vida militar es tan alegre y se agarra tan fuerte al ánimo de la gente moza, que si en ratos sentía deseos de llegar á saborear el banquete con que se celebraría la vuelta del hijo pródigo, en otras, tan pronto como oía sonar una cuerda ó columbraba una enagua de castor, ya me había olvidado de penas y fatigas y me dedicaba á bailar y á divertirme sin medida.

En 1864 no fué todo miel sobre hojuelas: mi regimiento quedó deshecho, y yo, al frente de unos cincuenta hombres, me dí á vagar por todas las poblaciones, evitando encuentros con tropas mejor provistas que la mía. Pero nos hallábamos en país enemigo, y en los mismos pueblos donde se nos había acogido hacía poco con

aplausos y palmas, ahora se nos negaban el agua y el fuego. Apenas si de noche, guareciéndonos en peñascos y hondonadas, lográbamos dar algún *palomazo* á merced de la obscuridad; pero aquello iba dificultándose y nuestra tarea resultando infructuosa. Una noche recibí aviso de que el *Chato*, el sanguinario *Chato Hurtado*, estaba como quien dice pisándonos los talones, pues lo separaban de nosotros unas cuantas leguas, que podían convertirse en varas á la hora que lo deseara el muy bellaco; como que traía unos pencos que daba gloria verlos, mientras que los que montábamos estaban trasijados, de caerse al suelo tan pronto como les hubieran dicho *Jesús*.

Eché una cuenta del *parque* y ví que apenas tendríamos para unos cuantos disparos: todo él estaba mojado, rotos los cartuchos é inservibles por el roce y la mala fabricación.

Intenté pasar á Michoacán por las Juntas del Capadero; mas todo estaba tan bien cuidado, que la única consecuencia de mi hazaña fué disminuir la provisión de pólvora y perder dos hombres y tres caballos.

Pensar en pedir gracia á Hurtado, habría sido lo mismo que pensar en pedir peras al olmo, pues nada entendía de generosidad ni de hidalguía el pillito que ostentaba como timbre glorioso de su carrera haber muerto viejos, mujeres y chiquillos, y que de haber hecho el recuento de sus víctimas, Iván el Terrible habría resultado junto á él un Juan de buena alma.

Hacía tiempo que venía considerando nuestra suerte y la de la Patria: nuestros generales difuntos, fugitivos ó entregados en cuerpo y alma al contrario; nuestro gobierno errante y perseguido; nuestros elementos de guerra menguados ó inútiles y nuestra vida nacional extinguiéndose como flama que no tiene combustible . . . .

Tres días hacía que no nos bajábamos de los caballos, que casi no probábamos bocado, que nuestro sueño se reducía á echar una *ciega* de prisa y corriendo.

Yo llevaba siempre conmigo unos polvillos que me había regalado un boticario amigo para usarlos cuando fuera menester. Veo que ustedes se sonríen; pero tengan en cuenta que yo y los míos éramos

los descendientes directos de aquellos románticos que cortaban todas las dificultades bebiéndose un frasquete de rico veneno, como decía el pobre Larra, que cortó las suyas mediante una onza de plomo.

Una noche, á eso de las nueve, llegamos á Zapotitlán, y dejando á los míos en el mesón, me encaminé á la fondita del punto. Mi resolución estaba tomada: echarme entre pecho y espalda el bebedizo, é ir al otro mundo á depositar la carga de mis penas. Bajé del caballo, me senté en un poyo de la fonda y pedí un ponche de huevo cargadito de alcohol. No tardó Marianita, la simpática hostelera, en servirme la bebida, y menos tardé yo en arrojar en ella los polvillos blancos del boticario.

Tenía el vaso en la mano para sorber el jarope, cuando oí un tiro de fusil, luego otro, y después diez más que me pusieron en guardia. Monté violentamente á caballo, pensando en la atrocidad que entrañaba abandonar á mis pobres soldados á la furia de los enemigos, y en que era mejor que morir como can vagabundo, perecer como soldado valiente y fiel á su bandera.

BIBLIOTECA ALFONSO

Cuando llegué, los míos iban de vencida. Mi teniente y cuatro soldados estaban muertos, y aunque habían dejado tendidos sobre el puente de palo que está á la entrada de la población á tres de los bribones traidores, se hacía necesario huir. Dí la orden y la retirada se emprendió; pero, según supe luego, los contrarios estaban tan fatigados como nosotros y no tomaron gran empeño en la persecución.

Hurtado, que comía como un Heliogábalo, mandó preparar una abundante colación; y viendo abandonado por allí mi vaso de ponche, calentito aún y espumoso, pensó que podría hacer boca con él.

Sin preguntar nada ni consultar á nadie ingurgitó el contenido, y aunque á cualquiera que no hubiera sido tan bruto le habría amargado el poso de semejante bebida, el facineroso nada extrañó y siguió tragando; cuando concluyó se limpió el cerdoso bigote con el envés de la manga y se quedó aguardando la cena.

A poco sintió torozones, retortijones, la muerte; pero afortunadamente para la chiquilla fondista, los animales aquellos echa-

ron la culpa de los dolores del capitán á no sé qué condumios que había probado y se limitaron á darle yerbas de nombres enrevesados para curarlo.

A las pocas horas el bribón estaba mano á mano con Satanás, dándole cuenta de sus picardías.

Yo pude dormir esa noche al ver que aflojaba la persecución, y pasar luego á Michoacán para reunirme con Villada.

Ya ven ustedes cómo soy suicida legal, y cómo queriéndolo, pero sin saberlo, purgué al mundo de un monstruo.

18 de julio de 1900.

BIBLIOTECA ALFONSIÑA